



La muerte del Crimen

La civilización ha despojado al Crimen de belleza

Primero, el enemigo, el ladrón, el amante, derramaban la sangre de su víctima en pleno bosque, entre aromas y matices; el Sol iluminaba la sangre y la secaba sobre las hojas verdes, sobre los troncos ásperos. La noche transportaba en sus brisas claras los gemidos de muerte y bañaba en su silencio el dolor y la agonia.

En la guerra, los prisioneros se colgaban de los árboles. La luz del ocaso en el fondo de este espectáculo—como si el Sol huiera con horror de él—sería para nosotros una emoción de exquisito terror, aunque pudiera dejarnos impávidas, hasta curiosos, en el momento, y escalofriarnos muy largamente en el recuerdo.

Después, la espada fina y esbelta centelleaba voltijando en las callejuelas iluminadas por un candil y un retazo de cielo constelado. Caía un cuerpo con macizo estruendo. Se oían unos pasos veloces. El amanecer enfocaba la calleja: un cuerpo flácido, un rostro exangüe contraído por el dolor silencioso, una mano nervuda que aún agarraba virilmente la espada fina...

Los venenos, poniendo la tragedia de epílogo al festín, computieron escenas de un interés macabro estupendo. ¡Aquella última mirada envolvente, reflexiva, elocuente, desdeñosa y aterrada, del huésped que se veía asesinado, al anfitrión que sonreía en su digestión fácil!...

Ahora el revólver, el fusil.

Comparemos la pesadez ventruda de un revólver con la aguda

gracia trágica de un puñal. Comparemos la actitud jorobada y la deada de un hombre que dispara un fusil, con la esbelta distensión de miembros y la posición altiva de la cabeza del que dispara un arco.

Desde que el crimen pudo realizarse a distancia con ese alcance y certeza abrumadora, perdió emotividad, intensidad.

Por virtud de los éxitos policiacos, los elementos de la tragedia desaparecen en absoluto; el homicida entierra al muerto como un sepulturero vulgar o lo arroja despedazado en un retrete. ¡Oh, degeneración del sentido estético criminal y del valor criminal, que llega a esa bajeza por miedo! Pero eso en el crimen utilitario, frío, calculista, se comprende.

En el crimen de pasión, riña entre amigo, entre amantes, venganza, la emoción está muy rebajado por la rapidez, seguridad, invisibilidad del cuerpo del delito, por su frío, fatal y triste mecanismo, que como es algo una vida organizada que tiende a cumplir su función, arrastra un tanto al que lo dirige y por eso hay una cantidad insospechada de irresponsabilidad, de estupor, en el que ha matado de un tiro casi *sin querer*, estupor tal que ya ni él mismo sabe si *casi no quiso*.

Esa es el arma que con su facilidad de matar ha hecho subir la seguridad de la vida. El revólver que hace tan fuerte al tullido como el atleta y hace más fuerte al cobarde que al valiente.

Ya no puede haber magnificencia en el crimen; yo no puede haber espectáculo en la víctima, ni ademán ni gallardía en el actor. Por eso el hombre culto, el hombre moderno, el hombre artista, le desprecia.

Ya el crimen no hace ondear su manto escarlata por los salones de los palacios.

Su decadencia se arrastra por los burdeles y se enloda por los suburbios. Ya sólo se ve por los cubiles tabernarios, viejo, sucio, borracho, sin agilidad, sin gracia, sin gesto. Ya el crimen se muere; le mata su facilidad...

J. VEGA ALCALÁ.

Efemérides moronesas

Prendió el general Quesada a Pedro Limón, en la calle San Miguel.

—Se refugia Riego en la calle Fontiveros.

—Inauguración de las aguas en 1.º de Octubre de 1892.

HECHOS Y DICHOS

Mientras haya partidos, la historia será ante todo una ciencia de partido.— Juan B. Justo.

...

Procura deber a los demás nada, y espera de ellos menos. Lo primero es obrar con dignidad. Lo segundo con cordura.— Agustín Alvarez.

...

En la memoria de los tontos se está mal; pero cuando los tontos nos rinden culto, de está peor.— Almafuerce.

...

El presente es un momento fugaz. Salimos continuamente del pasado, entramos a cada instante en el porvenir.— Juan B. Busto.

Curiosidades históricas de Morón

En un libro de la Hermandad del Santísimo se consignan las siguientes notas:

En 27 de Septiembre de 1806.—Un santo de plata de martillo (San Leandro) hecho por D. Manuel Azcona, de Córdoba, el cual pesó 606 onzas a 35 reales. Más de gastos, 200 reales.

—En 17 de julio de 1813 se depositó San Isidoro, de plata del martillo, el cual pesó 587 onzas a 35 reales. Más de gastos, 150, y en comida, 200.

—El pie de la custodia (que será el zócalo de plata añadido). 22.866 reales.

El limpiado de ella y ponerle el pie, 300.

—Antes se habían invertido en la custodia 809 marcos, 4 onzas y 1 adarme de plata, que costaron 237.261 $\frac{1}{2}$ reales.

—... Luego, el 57, tomé parte en la dominación del primer movimiento que pudiéramos llamar anarquista, registrado en Andalucía. Fué su jefe un tal Caro, que con los suyos cometió toda clase de crímenes por Utrera, Morón y Arahál. Los bailinos y se venció el movimiento. Ascendí entonces a capitán y marché de profesor al Colegio, donde permanecí siete años, pasando a Madrid ya de comandante.

(Palabras del capitán general D. Fernando Primo de Rivera en conferencia con un periodista).

Escudos heráldicos

Montes.—Campos de azur; una mano de su color que tiene empuñado un sicople.

Jaraba.—Escudo cuartelado; el primero y último de oro, y una banda de sable; el segundo y tercero, jaqueles de oro y sable.

Ibáñez.—Escudo partido en pal: el primero de gules, con dos bastones de plata, y en cada uno un armiño de sable; el segundo, en campo de plata, una torre de piedra sobre ondas de mar, azul y plata.

Velasco.—Jaqueado de nueve jaqueles, los cuatro de oro y los cinco verados de azur y blanco.

Navarro.—De azur, y dos lobos de oro; bordura gules con ocho sotueres de oro,

Gutiérrez.—De plata y una cruz de gules como la de Calatrava; bordura de oro y cinco castillos de gules.

Polanco.—En campo de azur una banda de gules, con dos estrellas de oro en los extremos.

Barroso.—En campo de plata, cinco leones rojos.

Ortiz.—En oro, encima de sinople con bellotas de oro, y dos lobos de sables rampantes al árbol; bordura gules y ocho castillos de oro, y en cada uno de ellos un estandarte de oro y en él un lucero de azur.

Prado.—Partido en pal; el primero cortado; en el de arriba partido, el primero de plata y cruz como de Calatrava sinople, segundo de oro y águila de sable; en el de abajo, un castillo de oro con torre de homenaje sobre gules. El segundo de plata y un león de gules.

Montes.—Sobre un escudo de plata dos lobos de sable, andantes; bordura de gules con ocho cruces o sotueres de oro.

Contreras.—Sobre campo de plata tres bastones o barras de azur.

Miranda.—De plata con un águila esplayada, de sable; bordura de azur con cinco bustos de doncellas desnudas, de su color, mirándose al espejo que sostiene cada una con las manos.

Muñoz.—En escudo de gules, siete colmillos de jabalí, de plata; bordura de azur y siete roeles de oro.

Portocarrero.—Escudo ajedrezado de oro y aáur.

Revista Española

Publicación ilustrada mensual

CIENCIAS - LETRAS - ARTES

Director propietario: JOSÉ PLATA Y NIETO

AÑO IX * Morón de la Frontera, Julio de 1922 * N.º 420

El Congreso de Tucumán

Sancta simplicitas.

I

EL Tucumán sencillo que disfruté en mi mocedad, bajo los plácidos consulados de Frías y Helguera, no debía de apartarse notablemente del heroico sesteadero que, medio siglo antes, hospedara al Soberano Congreso de las Provincias Unidas. En la estructura arquitectónica, desde luego, no había sufrido muy grave alteración el consagrado molde colonial que nadie, sin exageración, calificaría de fantástico y efectista. Con arrasar—mentalmente, se entiende—dos o tres monumentos de barroco italianismo, desempedrar las calles centrales, reducir al fuero común de enlaidado y teja vaña las onduladas azoteas, y rebajar, por fin, unos cuantos pisos altos cuyo balcón corrido rompía audazmente, acá y allá, la armonía de las cornisas vecinas, quedaría restituido en lo esencial el histórico San Miguel de la Independencia.

Para representarlo dignamente, sobran todavía, en aquellos años del 70—junto a otros de estilo más moderno—los ejemplares casi intactos del antiguo caserón de fondo entero, levantado a todo costo en tiempos del virrey, con su embaldosado zaguán, su primer patio lleno de plantas, que cuadraban las amplias habitaciones protegidas del sol y la lluvia por altas galerías, en cuyos postes de cedro se enroscaban diamelas y madreselvas; su sala de recibo a la calle, en que salían a relucir, aun más que en la

plata labrada del comedor, el lujo y buen gusto de la gente de tono: alfombra floreada, muebles de caoba y damasco, araña central de cinco brazos con sendas lámparas de caireles, mesas y rinconeras obstruidas de chucherías, preciosas filigranas del Perú, y bajo un fanal, alguna virgen de pintado algez cuajada de abalorios; por fin, en las blanqueadas paredes, amenazando el sofá de las visitas o el piano de la niña, tal cual retrato de ascendiente, matrona de escote *ruché* y sortijillas, señorón de chorre-
ra y copete en remolino—serios, acartonados, catalépticos, pero no ridículos, gracias a la ausencia de presunción y al culto sincero que envolvía las reliquias venerandas.

Es así cómo he alcanzado no pocas casas solariegas, habitadas aún por vástagos de los troncos patricios cuyos apellidos ilustran los fastos locales y, algunos, la historia argentina. En la sola plaza Independencia, quedaban en mi tiempo, por el norte, las de Zavalla (don Agapito, el amigo de Lavalle), Valladares, Romero (ya de D. José Padilla), a pocos pasos de San Francisco. En la acera del poniente, junto al Cabildo, ocupaban los sitios de doña Fortuna García, la heroína del año 40, sus descendientes y herederos; las casas vecinas, de Frías y Padilla, habían reemplazado la de Domínguez (antiguo correo) y el hogar paterno de Albardi, así como en la esquina, la de Méndez era el antiguo solar de Rodríguez Bazán, frontero del canónigo y diputado Thames. En el frente opuesto de la plaza, la que fué casa de Gondra (entonces de D. Felipe Posse) hacía cruz con la del ex-jesuita Villafañe; después seguía la del Aguilar (Cainzo) y, en la esquina sudeste, la de Garmendia. Toda la acera sur era adventicia, sin exceptuar la iglesia matriz—de conclusión moderna—por cuya causa las funciones de la Independencia se efectuaron en San Francisco.

De las calles adyacentes a la plaza, era la principal la del sudeste o calle del Ney (hoy del Congreso), arranque del camino de postas a Buenos Aires y al Alto Perú: por ella entró a reconocer la plaza del ayudante José María Paz, en la tarde del 24 de septiembre de 1812, después de la batalla que por la Virgen de las Mercedes, resultó gran victoria. Allí subsistían todavía en mi tiempo los que fueron hogares de Gramajo, Ibiri, Zavatta, Valde-
rrama, Díaz Vélez y otros muchos. Daba su nombre a la primera cuadra la familia de Silva—alegría del barrio—cuya casa lindaba con la de los Aráoz, señores feudales de Monteros *in illo tempore* y árbitros de la provincia, salvo tirón o zancadilla del coronel Javier López. A mitad de la segunda cuadra; por fin, mirando al naciente, y haciendo frente a la familia López (éstos eran otros Ló-

pez que el rival de Aráoz, el cual vivía al oeste de la plaza) se encontraba y se encuentra—si bien, según me cuentan, muy remendada y peripuesta desde su promoción a reliquia oficial—la desvencijada vivienda que en sus buenos tiempos perteneció a doña Francisca Bazán de Laguna, íta de los Zavalia, y fué cedida para el congreso del año 16. Siquiera se ha conservado al parecer intacto el salón histórico, tal como lo conocimos, destartalado y solo, hace cuarenta años. Pero también las ruinas perecen —*effam periere ruinae*— como escribía melancólicamente Lucano; y no dista mucho el día en que ni los escombros exhibidos serán los primitivos y auténticos.

II

Menos cambiado aún que la habitación se presentaba entonces el habitante. La transformación rápida de las costumbres, a que asistimos de treinta años a esta parte, es aquí la resultante del doble y vertiginoso movimiento, «centrífugo y centrípeto» (diría D. Hermógenes), que revuelve incesantemente la masa social, desprendiendo hacia fuera moléculas nativas en tanto que se asimila con exceso substancia externa. En otros términos, el país se desnaturaliza, en parte por el viajar frecuente y el contacto de sus hijos con civilizaciones superiores e impregnantes, pero sobre todo, por la incorporación intensa y definitiva de elementos exóticos. Ahora bien: nadie ignora cuán limitadamente se ejercía, en el Tucumán de los dos primeros tercios del siglo XIX, ese movimiento de vaivén o «intercambio» (para decirlo en inglés), que entre los pueblos en formación significa el progreso. Un viaje a Buenos Aires (no digamos a Europa), en galera o mensajería, aparecía como una aventura arriesgada que muchos burgueses del interior vacilaban en emprender y que muy pocos repetirían; por otra parte, es muy sabido en qué dosis infinitesimal pudiera entonces contaminarse de extranjerismo los visitantes provincianos de esta «*aran aldea*». En cuanto a la escasísima inmigración europea que aportara a Tucumán durante aquel lapso de medio siglo, al poco tiempo sus unidades dispersas se disolvían en el ambiente homogéneo.

Todos los factores naturales o sociológicos tendían, pues, a mantener incólumes los tradicionales hábitos populares—hasta las que, más tarde, habían de convertirse en agentes de transformación. El aislamiento mediterráneo: la facilidad de la vida agrícola bajo un clima variado y con un suelo feracísimo—tan accidentado en su reducida extensión, que en él prosperaban a la par

los principales cultivos de la zona templada y de la tropical; como consecuencia del bienestar, cierta blandura de fibra, una bondad nativa que, durante el corto desgobierno de la provincia, bastó a preservarla de los excesos y crueldades que ensangrentaban las demás; las mismas galas eternas e inmutables de un pasaje encantador, que, en su marco de bosques y serranías, ignora la rigurosa intemperie, parecían congregarse para perpetuar las sanas costumbres de antaño. Todavía tengo presente la sensación de regocijo y confort que me produjo el contacto de la naturaleza tucumana y la acogida de sus gentes, dulce aquélla como una caricia, cordial ésta como una adopción.

Por cierto que no me costó trabajo—coadyuvando la confianza juvenil— iniciar al pronto lo que Sarmiento, a propósito de cierto *Ensayo histórico*. llamaba en son de elogio (*Obras XLVIII, 93*) la «identificación» del autor con la existencia tucumana. Para reanimar el yerto pasado acudía a mi auxilio lo presente. Los hombres prestaban voz a las cosas mudas. Muchos ancianos quedaban aún que fueron testigos de los días grandes, y evocaban delante de mí, con senil abundancia, aquellos altos recuerdos de su adolescencia, los últimos que se esfuman en la memoria crepuscular. No pocos de ellos, astillas arrebatadas por las tormentas civiles, habían conocido las amarguras y penurias del destierro, en pos de tanta «patriada» con los Aráoz, Heredia, Lavalle, La Madrid, Pero, al volver, después de largos años arrastrados en la duras sendas de la triste Bolivia o del áspero Chile, cuando vieron ondular a lo lejos las cumbres de sus montañas y luego erguirse las torres familiares de la ciudad natal, tuvieron la súbita evidencia y el pesar tardío de su error, Reconocieron la plaza «do pequeñuelos jugaban»; penetraron en la vieja y vacía mansión solariega, encendieron de nuevo el enfriado hogar sobre las cenizas de antaño, llamaron a muchos ausentes que no podían responder. Y, agregada a la experiencia del peregrino la emoción del hijo pródigo, aquellos revoltosos de ayer tornáronse pacíficos vecinos, estancieros o labradores, opinando como el *Escarmentado* de Voltaire, sin haber leído, que el culto de los dioses lares compendia toda sabiduría y humana felicidad. Y fué así, en parte bajo esa influencia aplacadora, como más tarde la pequeña y rica provincia, relativamente tranquila en el trastorno que precedió la reorganización del país, pudo servir de asilo a muchos proscriptos de las vecinas, brindándoles su oasis de manantiales y vergeles.

Por ello mismo, conforme al símbolo antiguo que hace de cada existencia humana un círculo abierto, cuyos extremos se aproximan día a día hasta juntarse en el último, los testigos del siglo

preferían contarnos de sus años primaverales, cuando sus ilusiones juveniles confundíanse con las de la patria, joven e iiusa cual ellos. Y así, de los anales tucumanos aprendidos de oídas, lo que mejor sabemos, no son las estériles batallas de la Ciudadela o Famaillá, sino las escenas de cívico entusiasmo y puro regocijo del año 16, cuando la ciudad predestinada, y ya ungida, hospedó al memorable Congreso que, con todos sus tropiezos y quimeras, tuvo la gloria única de sobreponerse a las aciagas circunstancias y funestos pronósticos, haciendo oír al mundo los primeros vagidos de la nacionalidad.

III

Desde principios de marzo comenzaron a llegar los diputados de las provincias, a caballo los unos, en galera los más, en sendas mulas de paso algunos de Cuyo, seguidos por machos cabeztreros con sus cargas de petacas y retobos. Fueron de los primeros, con los seis o siete de Buenos Aires, los del Alto Perú que procedían casi todos de Salta o Jujuy, donde se refugiaron al ocupar sus hogares el enemigo. Después aparecieron sucesivamente los diputados de Córdoba y Cuyo, La Rioja y Catamarca; fué algo más tardía la incorporación de Santiago y Salta. Las elecciones de Tucumán se anularon varias veces de forma, llegando, el *Redactor*, a «cansar demasiado la atención del Congreso». Al fin, en junio, fueron aceptados el doctor Pedro M. Aráoz y el canónigo Thames, por renuncia de don Serapio de Arteaga, la cual por venir a última hora, fué calificada por el presidente Medrano de «desacata a la soberanía». Las elecciones de dos grados se habían hecho con sujección teórica a las reglas del *Estatuto Provincial*, que las formulaba tan complejas como las de la antigua Venecia; y por los recovecos que revelaban las de Tucumán, únicas que se vieron de cerca, presúmese cómo se computarían en otras circunscripciones los sufragios «que se dieron de palabra».

A pesar de ello los votos, más o menos inspirados por la autoridad local, recayeron generalmente en personas de alta posición, y dignas por su carácter o saber del mandato que el «pueblo» les confería. Por cierto que entre los electos predominaban los eclesiásticos sobre todo seglares; pero el achaque correspondía, más que a vicio de procedimiento, a la estructura misma del organismo social, que resultaba bien representado en su clase dirigente. Huelga recordar por sus nombres a los miembros del clero que formaron la mayoría de la Asamblea; son familiares a todos los argentinos sus corifeos, Oro, Sáenz, Rodríguez, Castro

Berros... A disponer de espacio para esbozar el grupo, acaso me apartaría de la apreciación tradicional acerca del mérito respectivo de los clérigos patriotas, singularmente en lo que atañe al último, supuesto autor de manifiestos que apenas firmara, orador grotescamente gerundiano en la tribuna como en la cátedra, y fanático violento, nostálgico del claustro, que no llevó al Congreso una sola moción que no importara la sanción de un retroceso o la proscripción de una libertad. Tampoco me parece demostrado como lo asienta Avellaneda, que, sobre ser más numeroso, dicho grupo clerical se mostrara superior en ilustración o patriotismo al laico de Pueyrredón, Paso, Anchorena, Bulnes, Laprida, Godoy Cruz y el chuquisaqueño Serrano, quien, a pesar de su juventud, había sido en Buenos Aires miembro de la Junta de observación y, como tal, corredactor del *Estatuto*.

Muchos de los congresales, y desde luego los frailes, se alojaron en los conventos de San Francisco y Santo Domingo; otros, en casa de los sacerdotes Molina, Colombres, Thames y el exjesuita Villafañe. Don Juan Martín Pueyrredón, los doctores Darraqueira, Paso, Serrano y algunos otros aceptaron la invitación de las familias que les brindaban a porfía la más franca hospitalidad. Fray Justo de Santa María de Oro pasó los primeros días en la antigua reducción jesuítica de Lules, deliciosamente situado cerca de la Quebrada. Dada la catidad de los huéspedes y conocido el humor de los hospedadores, no hay que decir si menudearían, en espera de los congresales rezagados, los paseos al campo y las tertulias caseras. Para los recién venidos, cuya edad fluctuaba entre la juventud de Serrano — que no dejó de causar algunas averías — y la madurez de Pueyrredón, aquellas horas de fregua, gozadas bajo el doble encanto de la mujer y de la naturaleza tucumana, hubieran sido de indecible dulzura, si no las perturbara por momentos un rumor de truenos lejanos que parecía envolver la ínsula privilegiada en un círculo de amenazas y peligros.

PABLO GROUSSAC.

Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

(Continuará).

APUNTE

Una luz cegante
se extiende triunfante
por prados y alcores, valles y collados...
Se abrasa la tierra bajo un fuego lento,
los frigos ondulan a impulsos del viento.
¡Los rubios trigales son mares dorados!

FEDERICO REAÑO.



LAS ANTIGUAS COMEDIANAS ESPAÑOLAS

Resumen alfabético de noticias biográficas relativas a las actrices de los siglos XVI al XVIII

(CONTINUACIÓN).

ESCRIBANO (Juana)

Al formarse en Madrid en 12 de Marzo de 1652 una compañía de partes, bajo la dirección de Mariana Vaca, viuda de Antonio García del Prado, aparece Juana como esposa de Cristóbal de Torres, ganando ambos 24 reales de ración y con derecho a tres caballerías.

En Marzo de 1653 con Juan y Catalina Vivas, Lorenzo de Castro, Gaspar de Segovia, Isabel y Vicenta Vivas, Isabel de Góngora, Manuela Carrión, Manuel García Sevillano y otros, fué a representar los Autos del Corpus en la villa de Talavera de la Reina.

Pasó a la compañía de Antonio de Castro y estando en ella, murió en Sevilla en 1658.

ESCUDERO (Teresa)

En 1687 figuraba esta comedianta en la compañía de Antonio de Arroyo, que trabajaba en Jaén. Hacía terceras damas. Era bastante guapa.

Casó con el citado Arroyo, el cual al poco tiempo empezó a darle mala vida. Desesperada ella intentó suicidarse, a cuyo fin se echó una cuerda al cuello y se colgó de la armadura de la cama. Entró casualmente su marido, la encontró casi asfixiada, pero sacando la daga cortó el cordel. Este caso ocurrió en Cádiz donde trabajaba. Teresa en 1690 pasó a Portugal. Allí hizo una vida ejemplar y murió en Lisboa en 1699.

ESPERANZA (María)

La crió y educó el autor Domingo Labraña.

Estuvo en Valencia en 1704, en la compañía de Salvador Navas, con el cual contrajo matrimonio. Volvió como segunda dama en la compañía de Juana Ondarro en 1705.

Este mismo año consta que trabajó en Lisboa bajo la dirección de Juan Antonio Mateos.

Variaba bastante de compañía pues en 1707, también como segunda dama, actuó en el corral de comedias de Cádiz, con Mariana de Prado.

Al no servir para declamar obtuvo un puesto de cobradora de las entradas en Madrid, en 1717. Falleció pocos años después.

ESPINOSA (Ana María)

De bonita cara y gentil cuerpo, tuvo muchos partidarios. Representaba y bailaba.

Fué esposa del comediante Juan Román. En 1637 hizo los Autos en Barajas.

ESPINOSA (Ana Jacoba)

Nació esta comedianta en Cádiz, siendo hija de Marcos de Espinosa, también farandulero, notable en la parte de barba.

Padre e hija trabajaban en Granada cuando el Tribunal de la Inquisición tuvo noticias de que profesaban la religión de los Israelitas, practicando ocultamente sus ritos. Fueron presos y se les condenó como judaizantes confesos.

Llegó el auto de 31 de Enero de 1723, celebrado en el templo de San Jerónimo y ambos salieron en el mismo con el hábito infamante de penitencia. En ese Auto cuatro hombres y ocho mujeres fueron condenados a la hoguera.

Ana Espinosa fué condenada a un año de cárcel y a otras penas accesorias.

No volvió a salir a la escena.

ESPINOSA (Ana de)

La tenemos por distinta de la anterior pues aparece que su padre se llamó Gonzalo de Espinosa, fué Paje de D. Domingo de Guzmán y luego Alférez de los Tercios Españoles.

En 1703 estuvo en Jaén, Ana, con la compañía de su padre. En 1704 se presentó en la Corte como primera de la compañía de verano que organizó Miguel de Salas.

Con la misma compañía y el mismo autor pasó a Valladolid en 1705. Figuró de nuevo en los corrales de la Corte. Estaba casada con Bartolomé Ramírez.

En 1715 trabajó en Madrid con José de Prado y en 1721 figuraba en la compañía de Pedro Alonso.

ESPINOSA (Antonia de)

Hizo quintas damas en Granada, el año 1700, con el autor Juan Ruiz.

ESPINOSA (Beatriz)

Mujer de Nicolás Horacio Cartaginés.

En Marzo de 1603, formó parte de la compañía de su marido, la cual traspasó éste a Diego López de Alarcón, hallándose en Antequera.

ESPINOSA (Isabel de)

En Abril de 1651, en unión de una hija suya llamada Luciana, estaba en la compañía de Bartolomé García de Prado, pero en Junio del mismo año se obligó a ir a Toledo a hacer veinte representaciones.

En 1655 figuraba bajo la dirección de Juan Francisco Ortiz.

En los libros de la Cofradía de Nuestra Señora de la Novena, se hace mención de su testamento en 1690 y se habla de una manda que dejó a la Virgen.

ESPINOSA (Jacinta de)

Estuvo en la compañía de Sebastián de Avellaneda, antes de 1636. Casó con Juan Antonio de Santa Ursula.

ESPINOSA (Juana de)

Notable actriz, citada bastante no sólo por sus aptitudes sino por ser esposa del famoso comediante Tomás Fernández Cabredo.

Trabajó en Madrid con aplauso, en los años de 1638 y 1643 y en Sevilla años antes. Para ella escribió el Dr. Manuel Antonio de Vargas, una comedia.

En 1644 era ya viuda y seguía trabajando.

ESPINOSA (Juana)

De familia humilde se dedicó a la farándula llevada de sus aficiones. Cantaba bien. Se ahogó en la barra de Huelva al ir em-

barcada con la compañía de Inés Gallo, naufragio del cual ya nos hemos ocupado.

ESPINOSA (Lorenza de)

Fue casada con Jerónimo Martínez.

Ambos fueron recibidos en la Cofradía de Nuestra Señora de la Novena en 14 de Marzo de 1632, estando en la compañía de Juan de Nieva.

ESPINOSA (Luciana)

Estaba en Abril de 1651 en la compañía de Antonio Garcia de Prado.

ESPINOSA (Manuela María de)

Figuró en la compañía de Antonio de Castro, de Salvador de Lara y de Cristóbal de Avendaño.

Era de gentil presencia, aunque no de especiales condiciones para el arte.

En 1656 ya trabajaba y en 1660 actuó en el corral de la Montaña de Sevilla.

Fue esposa de Manuel Vallejo y antes de Rafael Arques. Debió morir hacia el año 1670, pues en ese año se celebraron por ella exequias en la Parroquia de San Sebastián de Madrid.

ESTRADA (Antonia Manuela)

Segunda dama de algún mérito.

En 1675 figuraba con esa categoría en la farándula de Fulgencio López.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR,
Delegado Regio de 1.^a Enseñanza y de Bellas Artes.

(Continuará),



Anunciad en la REVISTA ESPAÑOLA



ESCRITORES ANDALUCES

Joaquín M.^a Díaz Serrano

POETA español y castizo, libre del modernismo implantado por Darío y seguido por tantos vates españoles: poeta de los cantares, que equivale a decir poeta del alma popular andaluza, se eleva la silueta literaria de Joaquín María de Díaz Serrano como uno de nuestros mejores juglares, que cogiendo en su florida pluma ramalazos de luz y cachitos de cielo, forma, paisaje a paisaje, el indescriptible panorama de Andalucía, como forma su nido, grano a grano, la veraniega golondrina.

Joaquín M.^a Díaz Serrano es lo que podemos llamar un «poeta de cuerpo entero» por más que su nombre no figure en la incompleta obra «Parnaso español contemporáneo» editada por la casa Maucci, de Barcelona, en el año de 1914, en cuya obra no figuran tampoco otros célebres vates andaluces.

Nada de extraño tiene ésto dado el carácter exclusivamente comercial de dicha casa editora, la cual tiene por norma «poca escrupulosidad en las selecciones de trabajos y organización de los mismos.»

No otra cosa demuestra la omisión que se hace en dicho Parnaso de poetas que, como Joaquín M.^a Díaz Serrano, tienen un puesto de honor en las avanzadas de nuestra literatura.

Bécquer fué el poeta del sentimiento; Zorrilla el del patriotismo; Espronceda el poeta rebelde; Campoamor el poeta amoroso; Gabriel y Galán el poeta de la fe y de la belleza. Y si estos poetas tuvieron sus distinciones y clasificaciones, también hoy los modernos juglares la ostentan; Muñoz San Román es el cantor campesino que nos dice de los arroyos y las zagalas, y Narciso Díaz de Escovar y Joaquín M.^a Díaz Serrano son los poetas de los divinos cantares andaluces.

Porque los cantares de Joaquín M.^a Díaz Serrano nos dicen todo

el compendio del alma andaluza. Los unos son satíricos, con esa sátira meridional de nuestro clima que compendia la proverbial dulzura y donaire de nuestra tierra. Sirva de muestra el presente.

Con una buñolería
no se hace tanto dinero.
Las alhajas que te pones
te las dan otros buñuelos.

Y este otro segundo:

Es tu novio consumero
pero tiene mal olfato,
pues cuando menos lo sueña
le metes tu contrabando.

Los hay, entre sus cantares, (y éstos son los más) eróticos y amatorios; cantares populares que brotan en los labios de todo buen andaluz, y en los cuales, como dice muy bien D. J. M. Díaz de Souza, prologando un libro del poeta malagueño, «no hay huesos ni caben ripios».

¡Bésame en la frente,
que una mala idea
dejarme no quiere!

Es también este poeta un cantor regional y sencillo, enamorado de su tierra madre y de la belleza de su suelo:

Mujeres, vino, alegría. .
¡Quién quiera estar en la gloria
que viva en Andalucía!

Y entre todos los poetas de esta eterna mansión donde florecieron tantos y tantos, le está reservada a este ilustre vate una gloriosa página al lado de aquellos buenos poetas malagueños. La obra de Joaquín María Díaz Serrano se perpetuará en este suelo, semillero de tantas floridas plantas poéticas, y sus cantares saldrán de los rosados labios de alguna sevillana, en esas noches andaluzas plétoricas de amor y de vida, mientras la guitarra moruna (inseparable compañera) lanza a los aires sus ecos divinos de mujer enamorada; y las castañuelas, en las lindas manos mujereiles, dejan oír sus vibrantes y roncós sonos de crótalos que chocan; y las parejas danzan rítmicamente esa bella creación que lleva el nombre de la ciudad del Betis, y el ambiente se satura de un olor a manzanilla. Porque sus cantares son del alma andaluza, donde

«Las lágrimas que envenenan
son aquellas que no salen»

como dice el poeta,

FERMÍN REQUENA.

Cronista de Algeciras.



Siluetas Extremeñas

Francisco Valdés

ENTRE la general inercia de esta tierra que padece de sueño, de abulia, de ignorancia y de incomprensión, surge a veces la figura de algún espíritu privilegiado que rompe la tradición morbosa—pereza y atavismo—y destaca gallardamente su personalidad.

Tal es el caso de este recio extremeño. Recio y fuerte en su modalidad de escritor, símbolo a su vez de una firme reciedumbre de alma.

Para mí fué una grata sorpresa y después una grata *revelación* la lectura del primer artículo que leí sobre la firma de Francisco Valdés. Creí al principio que este nombre correspondía a una personalidad ajena a nuestra juventud literaria. Y es que valga la verdad; en estas tierras extremeñas, donde por mi profesión he convivido con los que pomposamente se llaman intelectuales, salvo raras excepciones, no he hallado más que escritores adocenados, rastacueros de la pluma que no han rebasado los límites de la vulgaridad y que—no sé si por herencia o por costumbre—se han revelado siempre del mismo modo: sin originalidad, ni distinción.

Juzgad, pues, si al saber luego más tarde quien era Francisco Valdés, yo, extremeñófilo impenitente, experimentarí el regocijo del hallazgo aquí en estas tierras que considero más, y cuál no sería mi regocijo al encontrarme con un espíritu de temple, con un escritor de nervio, discreto, cultísimo, que como signo de un buen gusto, huía en un artículo de eso que se llama la vulgaridad.

Acaso sea esta la cualidad que más distingue a Valdés. No sé por qué me imagino que él, conecedor de la patulea intelectual,

rehuye a sabiendas el contacto de lo vulgar y busca los senderos poco trillados y que sólo aciertan a seguir los espíritus distinguidos. Así sus ideas, buenas o malas, llevan el sello de una personalidad refinada por el buen gusto, por su sentido discreto que, aun en el campo literario, separa la aristocracia de la muchedumbre y del montón... Así también el léxico de este escritor es nervio, calor, selección, manera elegante de decir, externa presencia del límpido sentido exterior.

No entraré aquí a opinar cuál sea el ideario de este escritor, en relación con las escuelas que clasifican el pensamiento humano y con los problemas que ese pensamiento sugiere. Me fijo sólo en su personalidad de literato, que esto es ante todo y sobre todo y en este sentido Francisco Valdés, entre la juventud que hoy escribe, es un valor positivo y real; y, entre los extremeños, el que con más dotes de preparación y de cultura está capacitado para actuar sobre las teorías de la crítica y los problemas del Arte.

Espíritu sagaz y observador, que ha formado su gusto en gran riqueza de lecturas, de entre todos los que en Extremadura han actuado de críticos, es el único que he visto discurrir más «documentado» en materias de estética literaria. En este sentido sus artículos son interesantísimos y sin disputa lo mejor que escribe.

Me atrevería a afirmar además que esta es su verdadera vocación, y que si otros problemas le solicitan es con la incitación del deber, o el imperativo del contraste que en las almas selectas provocan las miserias de lo vulgar. Así por huir de lo antiestético, e espíritu culto, que aborrece por instituto la deformidad, ha de actuar a veces de paladín, de luchador, de proselitista, soñando siempre enamorado de la eterna belleza que, sea cualquiera la nota ideal con que se la busca, redunde siempre en el sentido del bien...

ANTONIO REYES HUERTAS.

Medalla
de



autónoma
Huesca



El convento de Villanueva de la Serena

ALLÁ por los años de 1479, el noble caballero don Alfonso de Monroy, maestre de Alcántara, fundó el convento de San Benito, y en el que empezaron a morar tres frailes y tres caballeros de su orden. El señor de Monroy quiso ponerle a la altura de su nobleza, y al efecto solicitó del Pontífice, bula de inmunidad y privilegios igual a los que gozaba el convento y Villa de Alcántara; inmunidad y privilegios que gozó hasta la supresión de la orden.

El señor Monroy cansado de las turbulencias y desengaños de aquellos cosquillosos tiempos de rivalidades y egoismos, se retiró a pasar el resto de sus días a esta benéfica morada de su fundación, para lo cual renunció con antelación el privilegiado y brillante Maestrazgo de Alcántara que orgulloso ostentara.

Este ilustre placentino era hermano de doña María, llamada y no sin razón «La Brava». Esta señora viuda del sevillano Enrique Enríquez, señor que fué de Villalva en tiempos de Juan II, quedó con dos hijos y una hija. La edad de éstos era de 19 y 18 años respectivamente. Tuvieron amistad con los hermanos Carvajales, llamados por su colorido «Los Manzanos». El espíritu guerrero de aquella lejana época, trocó la amistad en rivalidades y asesinaron al Enríquez menor con la intervención de los criados, y para evitar la represalia asesinaron también al otro Enríquez. La traición no pudo ser más criminal. Los asesinos no seguros en Salamanca, pasaron a Portugal, a Viseo; villa que fué del título paterno de doña Beatriz Pacheco, condesa de Medellín.

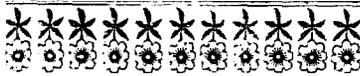
Doña María de Monrey, sus resentimientos los guardó en su afligido corazón, y determinó la venganza antes que ser víctima traidora como sus hijos. De noche, con veinte hombres, partió a caballo de Villalva. A mediado del camino les plantea el modo de vengar la muerte de sus hijos, declarándose ser ella la capitana

en esta empresa. Todos aplauden y toman ánimo y siguen a la enlutada dama. «Los Manzanos» estaban en Viseo holgando su traición. La comitiva delibera hacer la entrada hacia la media noche, hora de asueto general; como fué acordado, fué ejecutado. Llegan a la posada, morada de los asesinos: derriban las puertas y entra doña María con la mitad de su gente; «Los Manzanos» ven el peligro y pelean con valor; piden auxilio y no lo hallan, y sí la espada de doña María que corta las cabezas de los traidores y no cede la palma de llevarlas como macabro trofeo de su venganza; con ellas llegaron a Salamanca cuando todos creían que estaba la señora en Villalva.

Con las cabezas enristradas en su lanza, pasea su triunfo por la puerta de la iglesia en donde se hallaban sus hijos enterrados, sobre cuyas sepulturas colocó la macabra decapitación. Esta hazaña la dió el sobre apellido de «Bravà», donde se hallaba aquilataado el valor de los Monroyes, que corriera por las arterias de nuestro ilustre conquistador, hijo de don Martín Cortés y de doña María Altamirano de Monroy.

El lector benévolo perdonará el que me haya desviado del asunto que entraña la fundación del convento: todo ello en honor del parentesco con don Alfonso y Hernán Cortés. En esta casa-convento se hallaba el maestro de Santiago don Juan de Zúñiga, cuando recibió el nombramiento de Arzobispo de Sevilla, con que le honrara Julio II, también el de Cardenal en 1303. Dicho señor murió en el caserío de Mirabel que fué del gran Monasterio trasladado al convento de San Vicente de Plasencia. Este de San Benito, siguió bajo la jurisdicción del Prior de Magacela.

TIBURCIO GARCÍA DE PAREDES.



Sello con el antiguo escudo de Huesca.





El Arte en Sevilla

Alejo Fernández Alemán

Su vida, su obra, su arte.

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO I

OBRAS EJECUTADAS POR ALEJO FERNÁNDEZ, DURANTE SU ESTANCIA EN CORDOBA (1475-1508)

(CONTINUACIÓN).

D) Tan interesante como el retablo anterior, es un cuadro (1) de 1'50 metros de ancho, por 2 de alto, pintado sobre un lienzo sujeto a un bastidor de madera y que representa a Cristo atado a la Columna, con San Pedro arrodillado, y tres figuras orantes en un templete sostenido por un muro al fondo con elegante friso Renacimiento y dividido en tres plafones de mármol negro separados por pilastras adosadas de mármol blanco, y flanqueado por dos columnas iguales a las tres del primer término, a la central de la que está atado Cristo; templete que a los lados deja ver un fondo de arquitectura clásica y en el de la derecha dos pequeñas figuras.

La columna a la que está atado Cristo y las otras, pues todas son iguales, tienen una basa grande, constituida por una pieza cuadrangular sobre la que hay una moldura formada por una es-

(1) Número 46 del Catálogo.—Museo Provincial de Córdoba.

cosía y dos toros inferior y superior que parecen labrados en el estilo de los capiteles árabes de panal; sobre ésta moldura, se apoya el fuste de mármol verdoso con vetas, que sostiene un capitel de mármol blanco, corintio-compuesto (1) con reminiscencias mudéjares en los caulículos, idéntico al del retablo anteriormente descrito y un cimacio de múltiples molduras. El pavimento es de ajedrezado con una losa blanca gris lisa y otra del mismo color con dibujos rojos alternando.

La figura del Cristo presenta innegables progresos con relación al del retablo: su pie bastante bien escorzado, es, sin embargo, demasiado ancho en su parte anterior (dedos), y estrecho en el talón; las piernas, de firme dibujo, son delgadas y largas; el paño blanco atado a la cintura, está maravillosamente plegado; el pecho es amplio y bien dibujado; los brazos largos y delgados, abrazan la columna y están atados por las muñecas, siendo sus manos finas y delgadas y con sólo dos articulaciones acusadas en las falanges. El rostro, en el que no se puede negar la influencia del del retablo, es no obstante incomparablemente más dulcemente expresivo y bello; sus cabellos oscuros, su frente amplia, los ojos entornados dulcísimos, mirando a la izquierda hacia donde vuelve un poco la cabeza con escorzo muy natural; las mejillas enjutas y sonrosadas, la boca pequeña, de labios rojos y delgados, la mandíbula fina, la barba rubia y rala a la nazarena, y el conjunto total muestra una tal dulzura expresiva y firme al propio tiempo que no podemos creer sea obra del seco y duro autor del retablo, sino de un espíritu más fino y delicado influido por la fuerza expresiva de aquel (2).

La figura de San Pedro, hállase a la izquierda del Cristo, arrodillado y con las manos juntas colocadas en sentido oblicuo; viste túnica blanca azulada y manto azul negra, con estrellas de plata, ya oxidadas, sobrepuestas, ambos muy bien plegados. Su tamaño proporcionado al del Cristo, es enorme comparado con el de las figuras orantes y más si se tiene en cuenta que éstas están en primer término y aquel en segundo. Las manos están bastante mal dibujadas y la cara muy realista y expresiva, tiene el pelo gris, la barba rizada blanca, plateada, pínfada pelo a pelo,

(1) Dámosle este nombre por parecernos el más apropiado, pues las líneas generales son corintias, pero los caulículos parecen proceder del centro superior y se abultan con tendencia a formar las volutas jónicas.

(2) Véase la fotografía de este cuadro que acompaña al magnífico estudio de Romero de Torres, «Los primitivos cordobeses Pedro de Córdoba y Bartolomé Bermejo».

«Boletín de la Sociedad de Excursiones», año 1908, pág. 55, en el que se enuncian ideas atinadísimas, que en este modesto trabajo aceptamos en gran parte.

la nariz ancha; los ojos separados, grises y expresivos, los pómulos salientes, las mejillas arrugadas y la boca grande.

Las figuras orantes son tres y dan la sensación de haber sido añadidas al cuadro del cual se despegan, pues se hallan mezcladas sin orden ni proporción con las dos anteriores, que son las que en realidad forman la composición.

A la derecha del Cristo, sobre un paño negro y apoyado en un atril de líneas clásicas sobre el que se halla abierto un libro gótico de figuradas letras negras y rojas, hállase un doncel que calza sandalias y viste amplia túnica de un rojo vivo, con los puños y el cuello ricamente dorados y estofados, y un manto morado oscuro, ambas prendas muy bien plegadas, adornándose con un collar del que pende una medalla: su perfil fino y delicado de largo cuello y melena rubia, es altamente expresivo.

A la izquierda del Cristo, se halla arrodillada sobre un paño negro, una doncella de llenas mejillas, pelo rubio ampliamente tratado y con una pequeña toca blanca y boca pequeña que forma un perfil delicado, seguramente un retrato; viste túnica roja de mangas perdidas ribeteadas de piel y manto negro muy bien plegado, adornándose con un collar dorado de medalla colgante; sus manos, bien hechas, están unidas en actitud orante, como las de las otras dos figuras pequeñas.

Por último, en el fondo, hállase otra figura que representa otra mujer de más edad, envuelta en amplio manto gris y tocada con una toca negra, bajo la que asoman los bordes de un monjil blanco: los pliegues del manto son admirables, en especial los del vuelo que reposan sobre el pavimento.

MANUEL JIMÉNEZ FERNÁNDEZ.

Doctor en Derecho y Licenciado en Filosofía y Letras.

(Continuará).

Desde las afueras

AL PUEBLO

¿Qué tras aquella, dime,
tan serena y tan alta,
y de la otra que asoma
por los lados su falda ..?

¿Y detrás de las otras?
Dí; ¿de aquellas osadas
que están ¡míralo! al cielo
besándole la cara?

¿Qué hay tras de aquellas sierras,
desordenada escala
de azulosos manchones?
Hay... un valle de lágrimas.

TERESA RINCÓN.

Almoharín, Junio 922.



Carta a una belleza de Morón

Mi lindísima amiguita:
obediente a tu deseo,
tomo el papel y la pluma
y cumplo lo que prometo.
Quiero saber... soy curioso
y pesado por ser viejo,
por amor qué es lo que entiendes
y lo que entiendes por celos.
En mis tiempos... ¡cómo lloro
aquéllos dichosos tiempos!,
sin el amor la existencia
era así como un desierto,
sin fuentes y sin palmeras
y como el dolor, inmenso.
No pude explicarme nunca
que viviera un ser contento,
sin que otro ser completase
sus amantes sentimientos,
sin una voz que a su oído
le repitiese muy quedo
esas palabras de mieles
que constituyen el texto
de ese dulce Diccionario
que se guarda en ntros. pechos.
¿Qué es la vida sin mirarnos
en el clarísimo espejo,
de unos ojos expresivos
azules, verdes o negros?
¡Ya ves, voy teniendo canas,
soy ya baja en ese ejército!,
y no obstante, todavía
al ver un gallardo cuerpo,
o una carita de ángel,
me animo y rejuvenezco
y el corazón me palpita

sin mirar que plaza tengo
en el Batallón de Inválidos,
por fuerzas, no por deseo.
¿Celos? Dios quiera que nunca
aprendas lo que son celos,
es algo como un martirio,
es algo como un tormento,
como puñal que nos hiere,
como un incesante fuego
que nos quema las entrañas
y nos abrasa en silencio.
En jóvenes corazones,
como en corazones viejos,
van levantando su hoguera,
van propagando su incendio,
que los viejos son celosos
al ver que no tienen ellos
parte alguna en los banquetes
que amor ofrece en su Reino...
¡Si vieras cuánta tristeza
padecen las almas, viendo
que al ser que tanto se adora
está de nosotros lejos.
habla con quien más se odia,
se mira en ojos ajenos,
con otros seres sonríe,
goza con sus coqueteos
y ni a lástima le mueve
el que sufre en el silencio!
El libro de la experiencia
esto me enseñó en mis tiempos,
cuando cursaba en sus aulas
sin escuchar sus consejos.
¡Plegue a Dios que no te hiera
el aguijón de los celos!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.



Noticias de la antigüedad de Morón

y algunas cosas notables que han ocurrido en esta villa, sacadas de un libro antiguo.

SU AUTOR: D. CRISTÓBAL DE BALBUENA MOLINA Y ORELLANA

(CONTINUACIÓN).

Aun los Santos del Cielo y abogados de esta Villa nos han desamparado. De esta forma estábamos quando a una *St.^a Religiosa* le fué revelado que si no le fiesta a el Señor Sn. José que no cesaría la peste luego a el punto como deseosos de la salud martes a dos de Julio se juntaron en Cavildo y lo votaron Patrono de esta Villa y de hacerle fiesta todos los años y el miércoles en la tarde a 3 de dicho mes fueron los clérigos y toda la Villa a Santiago y trageron en procesión a Sn. José y desde el jueves a 4 de dicho mes se le empezaron a hacer gésias todos los día con la ostentación que se pudo y luego empezó a tomar mejoría la Villa, milagro conocido y deuda debida a este glorioso Santo y continuando la salud desde el mismo punto que se empezaron a hac... fiesta cesó el tabardillo y aguantaba... pues hasta entonces no había escapado alg... que a la landre no hay que temerle como no... tabardillo.

Prosiguió la salud y fué sanando el lugar y hallándose la enfermería sin enfermos lunes a 29 de Julio se levantó la enfermería a las 4 de la tarde llevándolos todos a la convalecencia y a esta dicha hora sucedió una traición y alevosía lo más grande que ha sucedido desde que el mundo es mundo por la circunstancia *notabilita agravante* así por el que la cometió como en el que la ejecutó y en la hora en que fué cometido por estar toda la Villa dando gracias a Dios por las mercedes que nos hacía fué tan feo el delito que no le quiero asentar en mi libro como sucedió. el que lo quiera saber como fué vaya a los papeles de Alonso Galiano escribano público y allí está la causa y el delito como fué en el

día citado Domingo 11 de dicho mes de Julio se hizo... fiesta a el Sr. Sn. José con la mayor ostenta... egocijo de toda la Villa que jamás se ha ...to. Sacose en procesión con las calles o'gadas danzas muchos juegos de cohetes el SSmo. manifiesto todo el día, se estrenaron este día cinco campanas que hicieron muchos los repiques por estar en la torre que fueron las primeras que se pusieron, que aunque hemos estado con tanto trabajo no ha pasado la obra de la torre, y eran echas este mismo año una de 40 arrobas, otra de 28, otra de 19, otra de 6 y otra de 4. Sábado a 14 de Sept. salieron todos los que estaban en la convalecencia el método que se ha tenido es este las cabas de la puerta de Olvera estaban divididas en tres departamentos en el más desviado entraban los que venían de la enfermería y cumpliendo 20 días los mudaban a otro y los tenían 10 y cumplidos estos los mudaban a el último y los tenían otros 10 en pasando esta cuarentena... diputados llegaban y los hacían desnudar... todo y quemaban la ropa y así encueros..., lavaban en un lebrillo de vinagre y después en otro de vino y luego los vestían de nuevo: de esta suerte se hizo con todos desde el primero hasta el último de los que en la convalecencia entraron.

Fué esta una obra y limosna de las mayores que se han hecho y tengo entendido que el haber Dios levantado este azote ha sido ver con la caridad y el amor con que todos han deseado y aun practicado agradar a Dios sirviéndole en tan caritativa ocasión pues todos han deseado adelantarse en sus officios.

Domingo en la tarde 15 de dicho mes se dobló con todas las campanas y también toda la noche y el lunes por la mañana se hicieron honras por todos los que habían muerto de peste asistiendo todo ...o y toda la Villa a estas exequias. El número de los muertos de peste no he podido saver porque unos dicen que 1.000, otros que 800 pero según mi cálculo serán de 500 a 600 personas poco más o menos. Pondré aquí el remedio que he tenido para librarme con toda mi familia de este mal gracias a Dios que me ha señalado claramente con esta merced pues ni a mis hermanos, cuñados, sobrinos y criados ni a mi nos ha mandado S. D. M. mal alguno en la presente ni aun de las pasadas pestes de el año de 1649, como dicho está en el fol. 5. vi.º de este cuaderno, (1) ni en la que hubo también en esta Villa el de 1600 que duró tres años y el de 1649 luego que se declaró la peste, nos juntó mi padre y nos dijo: los hijos hagamos el remedio que vues-

(1) Pág. de esta copia.

tro abuelo me dejó encargado que hiciere para librarme de la peste pues con este se libró de la de 1600 y fué así que rezara el rosario pues... de rodillas todos los días a N. S. del Rosario Ma... y cinco padres nuestros y cinco ave marías gloria... a las cinco llagas del SSmo. cuerpo de N. S. Jesucristo y esto con grande devoción pidiendo a S. D. M. que nos libre de este achaque y con esta devoción siempre ha librado S. D. M. a nuestra familia y a nosotros.

Con andar este año mi padre tan melido en la enfermería y convalecencia por ser diputado no tuvimos un dolor de cabeza, y así encargo a todos que en semejante ocasión rezen con bastante devoción lo referido que tengo entendido que Dios lo librará como ha librado a toda mi familia que tengo experimentado su buen efecto.

(Continuará).

La Cruz Roja

Cristo dobló la moribunda frente
de sangrientas espinas coronada,
y clavando en los cielos la mirada
así clamó a su Padre, tristemente:

—¡Que mi vida redima al delincuente!—
Se estremeció la bóveda azulada;
un soldado le hirió de una lanzada,
y la sangre brotó como una fuente...

Mas ¡oh, milagro! En silencioso vuelo
un blanco Arcángel descendió del cielo,
a enjugar el sudor de su agonía

y a reanimarle su postrer congoja...
En su túnica astral resplandecía
—símbolo de Piedad—una Cruz Roja.

FRANCISCO VILLAESPESA.



GENEALOGIAS

XXIV (Adiciones)

Doña María de Angulo hizo fundación de Capellanía ante Pedro Martínez, en 23 de marzo de 1671 (Capellanías, 1.^a parte, folio 342). Bienes: 8 aranzadas de olivar, en tres pedazos, uno de cuatro aranzadas en Pago Real, entre el Pino y el camino que va a Espinales; media aranzada en la Cruz del Desconocido, entrando por la vereda, que se aparta mano izquierda, en una mancha de lo mejor que allí está; y las tres y media restantes están saliendo por la Puerta de Sevilla, yendo por el camino que va a dar al Pozo de Sevilla y a mano derecha. Y dos pares de casas las unas en la calle la Romana, a mano izquierda, y las otras en calle Juan de Palma.

Dice en su fundación ser hija de García Ramírez Portillo y de Catalina de Angulo, y fué mi prima tercera, porque dicho García Ramírez Portillo fué primo segundo de mi padre Antón de Balbuena. La fe de casamiento de García Ramírez Portillo, hijo de Diego Portillo y de Beatriz de Vallejo, con Catalina de Angulo, hija de Juan de Angulo y de Isabel de Coca, en 11 de octubre de 1592. (Libro 3.^o, folios 60 y 93).

La fe de desposorio de Diego Portillo, hijo de Cristóbal Ramírez y de Juana Portillo, con María Vallejo, hija de Alonso de Osma y de María Vallejo, en lunes 9 de octubre de 1570. (Libro 1.^o, folio 163). He visto haber equivocación en estas dos fes de casamiento sobre si es María de Vallejo o Beatriz de Vallejo; hay que disputar en ello.

El dicho Diego Portillo viene a ser primo hermano de mi abuela Doña Marina de Humanes, mujer de Cristóbal de Balbuena, mis abuelos.

Dicho Diego Portillo fué abuelo de la fundadora, y la dicha Juana Portillo fué hermana de Juan Portillo, mis bisabuelos, hijos

ambos de Diego Portillo y de Marina de Humanes, mis terceros abuelos. Ajustada esta hermandad, está visto el parentesco.

Testamento del dicho Cristóbal Ramírez, bisabuelo de la fundadora; deja por albacea a su cuñado Juan Portillo, declarando que es su hijo Diego Portillo; ante Francisco de Salas, en 9 de enero de 1573.

Dos fes de bautismo, la una en 26 de agosto de 1542, folio 13, el bautismo es de Juan y dice el cura en ella que Cristóbal Ramírez es yerno de Diego Portillo. La segunda está en 12 de febrero de 1554, y en ella dice el cura que bautizó a una niña que se llamó María, hija de Cristóbal Ramírez y de Juana Portillo, y que el dicho Cristóbal Ramírez es yerno de Diego Portillo.

Otras dos fes de bautismo en que dice el cura que Juan Portillo es hijo de Diego Portillo (diciembre de 1550), y una de Fernando, hijo de Alonso Ximénez de Morón, siendo padrino Juan Portillo, su cuñado.

Con estas apuntaciones y testamento primero que hizo mi bisabuelo Juan Portillo se ajusta el grado de hermanos con la dicha Juana Portillo, hijo de Diego Portillo, y lo dice mi bisabuelo en su testamento, ante Pedro de Palma, en 27 de marzo de 1571.

Y basta ya, pues ni quieren más vean en las pruebas que hago en las del Dr. Pedro de Luna, que el interrogatorio es uno mismo.

Declaro que también hizo nombramiento la fundadora en el Licenciado Francisco Ramos, hijo de Pedro Ramos.

Testamento de Alonso de Morón, ante Juan de Palma, año de 1557.

Testamento de Ana Ximénez, ante Pedro Alonso Francés, año de 1548.

Por la transcripción,
J. P. y N.

El niño y el árbol

En las hojas de un árbol,
en las hojas de un libro,
¿quién no busca un recuerdo?
¿quién no encuentra un idilio?

M. DE PEÑARRUBIA.



Una aventura de Prim

Juan López Núñez, el ilustre autor de El Rayo—comedia que ha constituido el mayor éxito teatral de estos últimos tiempos—novelista que con El niño de las monjas ha reverdecido sus triunfos, cuentista siempre interesante, narrador culto y delicado, honra hoy las páginas de nuestra publicación con un trabajo inédito, que no será el único que se publique con su firma, ya que nos ha prometido una amplia colaboración.

UN viejo cazador refiriome el lance. Hombre conocedor en su época del famoso caudillo' para hacerme gratas las penosas horas de un largo viaje, entre mil episodios y aventuras, relatome lo que a mi vez voy a contar yo.

Atravesávamos la campiña andaluza, llena de verdor y encantos. A los pies del tren, mansos arroyuelos serpenteaban, cubiertas sus aguas por las flores que de los árboles arrancaba el viento. Aquella serenidad del paisaje visto fugitivamente, llenaba el espíritu de no sé qué alborozo risueño y primaveral. Sentíase uno contento de sí mismo, en alegre conformidad íntima. El viejo cazador, mi camarada, fumaba su negra pipa, diciéndome:

—Allí, en aquella sierra, he cazado yo corpulentos jabalíes. Allí, donde la nieve parece una mancha blanca en el azul del cielo, hay toros salvajes y centenarios que son el terror de los campesinos... Por cierto que fué en un cortijo próximo a la cumbre aquella donde yo escuché de labios de don Juan Prim el relato de su primera aventura cinegética. Escuche usted:

—Fué en su tierra donde le ocurrió la aventura. Había salido a cazar perdices, con tan mala suerte que no pudo cobrar una sola pieza. Entusiasmado con la perspectiva de una caza abundante habíase internado en el monte más de lo debido, y, al regreso, comprendió su imprudencia. Después de una hora de camino distingió en la lejanía una casa a la que dirigió sus pasos, no pen-

saba más que en comer, pues el hambre, más fuerte que su voluntad, ya le rendía.

Al fin pudo llegar a la casa, y solicitado el oportuno permiso, penetró en ella. Expuso su necesidad al dueño de la masía:

—Me contento con unas sopas de ajo. Pagaré por ellas lo que usted quiera.

—Usted comerá aquí lo que guste, y gratuitamente.

Prim, después de dejar la escopeta en un rincón, sentóse a la mesa, impaciente por comer, mientras que el buen hombre preparaba las sopas, picando el pan con una enorme navaja.

—¿Hay bastante?—preguntó una de las veces.

—No. Pique usted más... más... más ..

—Como usted quiera—dijo el improvisado cocinero.

Y siguió cortando rebanadas al duro y negro pan.

—¿Ya?—interrogó nuevamente...

—No... Parta usted... Ya hay bastante.

Púsose Prim a devorar la rústica comida. Y cuando, calmada su hambre, hallose satisfecho, dijo lanzando un suspiro:

—¡Qué buenas están! Ya no quiero más...

—¡¡Cómo!! ¿Que no quiere más? ¿Y para eso me ha hecho picar tanto pan? O se come usted todas las sopas, o le levanto la tapa de los sesos.

Y apuntándole con la escopeta, que distraídamente había dejado Prim junto a la pared, le amenazaba con dejarle seco de un tiro.

—Pero...

—Nada. Lo dicho: a comer o a morir.

Obedeció Prim con la escasísima gana que es de suponer. Pero al llegar a la tercera cucharada ya no podía más.

—Haga usted lo que quiera —dijo —pero no puedo comer.

—Bueno. Dos cucharadas más. Y en penitencia, le diré a usted una cosa. En primer lugar, no acostumbre usted a dejar la escopeta en ningún lugar desconocido, ni mida sus necesidades por lo que digan sus ojos. También debe usted saber donde se mete... ¿Sabe usted con quien está hablando? Pregunte usted y le dirán quien es Jaime Montagud... Vaya usted con Dios.

Salió Prim con la presteza consiguiente. Y así que llegó al pueblo, preguntó a sus conocidos por aquel terrible Montagud, que se le había mostrado con incomprensible jactancia, como el más feroz de los criminales. Y, ¡cuál no sería su sorpresa al enterarse de que aquel supuesto malhechor era un hombre pacífico y sencillo, que había querido gastarle una pesada broma!

Calló mi amigo. Y después de una pausa, dijo:

—¡Qué mal aprovechó el general aquella lección! Su muerte, hija de su escaso espíritu defensivo, hubiera sido evitada de haber sido el general hombre que escuchase los consejos de los que bien le querían. Siempre fué el mismo hombre impetuoso, valiente y desprevenido, que dejaba su escopeta al alcance del primero con quien se hallaba... Y así murió, asesinado por sus amigos del día anterior, que se valieron para la criminal empresa de unos contrabandistas andaluces, a quienes les dieron cincuenta mil duros en oro...

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ.

Madrid, Julio 922.



MUY AGRADECIDOS

El último número de la REVISTA ESPAÑOLA que ha intensificado su acción extraordinariamente, ha sido acogido con verdadero entusiasmo por nuestros amigos y favorecedores.

Confiábamos en que no nos faltaría la asistencia de la opinión pública para realizar el anhelo de llevar la REVISTA ESPAÑOLA a mayor florecimiento y no quedarán frustradas nuestras esperanzas.

Numerosas son las cartas que se han recibido en esta Redacción con palabras alentadoras de que prosigamos la obra cultural que ya cuenta nueve años de vida, y a esta muestra de la cooperación del lector hemos de corresponder, en corto tiempo, con importantes mejoras.

No pocos periódicos y revistas dedican palabras de encomio a esta obra que hemos emprendido, y sus conceptos elogiosos, nacidos de fraternal compañerismo, serán un estímulo en nuestra ruda tarea y un motivo efficacísimo para quedarles profundamente agradecidos.



NOTICIAS

Ha sido nombrado presidente del equipo Escolar F. C. de Morón el joven estudiante de Medicina don Francisco Muñoz Ulecia

≡
Fábrica de Yesos—Simonet y Cramazou. Morón de la Frontera.

≡
San Miguel.—Colegio de 1.^a y 2.^a enseñanza. Carreras especiales. Dr. D. Mariano Hernández Toledano. Morón.

≡
Fábricas de extracción de aceites de orujo, de jabones y de harinas.—José Camacho Román, Morón.

≡
Colonianes, Paquetería, Quincalla, Chacina, Bebidas.—Manuel Martínez García. Calle Utrera, 13, Morón.

≡
El jefe de Información de la Comandancia general de Melilla notifica al señor Presidente de la Cruz Roja de Morón, que el soldado Pedro Aravo García, de la Comandancia de Ingenieros, ingresó en el Hospital Militar de Santiago el día 8 de este mes con paludismo, encontrándose actualmente mejorado, sin que sea cosa de cuidado.

Información de la Cruz Roja

Con la sanción de la Asamblea Suprema de la Cruz Roja Española se ha incorporado a la Comisión de Partido de Morón el doctor en Medicina don Antonio Cubero Fierro, que hizo su ingreso en la Comisión Provincial de Sevilla el año 1904.

—Marchó a Montellano nuestro estimado amigo el joven industrial y socio de la Cruz Roja D. Antonio Carrillo Ferrete.

—Per ausencia del Contador y dimisión del Secretario de la Comisión de Partido de la Cruz Roja en Morón, han sido elegidos interina y respectivamente don Antonio Martínez Rubio y don Juan María Martínez Pérez.

—Han sido admitidos en la Cruz Rojas de Morón con el carácter de «Socios de número» don Antonio Marín Trujillano, don Francisco Caamaño García, don Diego Cabezas Ayllón, don Pas-

cual García Alcalá, don Juan Ocaña Lara, don Ricardo Ulecia Guillén, don Juan Carrillo Ferrete, don Antonio Martínez Pérez, don Carlos Garrido González, don Francisco Uvero Atienza, don José María Retamal Escalante, don Bernardo Párraga Perales, don Rafael de Castro y Andrés, don José Domínguez Corrales, don Alberto Ulecia Castillo, don Antonio Armezones Angulo, don Juan Copado Barrera, don José Medina González, don Juan Ríos Gutiérrez, don Antonio Copado Rosado, don José Copado Rosado, don Francisco Carreño Malpartida, don Juan Fernández Escot, don Héctor Cramazou Orellana, don Juan Gil Orellana y don Manuel Alonso López.

Como «Camilleros» han ingresado don José Valle Gamero, don Juan Valiente Romero, don José García González, don Nicolás Villalba Aguilar, don Juan Medina Avila, don Francisco Jiménez Espinosa y don Manuel Tienda Casas.

Y como «Socios Protectores» el Excmo. Sr. D. Pedro Sánchez de Ibargüen Villalón, don Jerónimo Villalón-Daoiz Pérez de Vera, don Francisco Villalón Gordillo, don Lucas Zamalloa Jaramillo, don Alberto Cramazou Carlier y don Pascual Alvarez Villalón.

Para celebrar la festividad de Santiago, Patrono de la Cruz Roja Española, asistirán los socios de esta Comisión de Partido a otr Misa mayor que se celebrará a las ocho de la mañana en la I. P. de San Miguel y después darán una limosna de pan a los pobres.

—Han sido nombrados Vocal de la Comisión de la Cruz Roja de Morón don José Copado Rosado, y vicesecretarios don Antonio Reina Martínez y don José Domínguez Corrales.

—Como «Socio de Número» ha sido admitido en la Cruz Roja Española don Cristóbal García Pérez.

Necrologías

Ha sudido al Cielo, en Valdefuentes la niña Rita Rubio Merino, angelical criatura de tres años, hija de nuestros buenos amigos don Alvaro Rubio Liévana y doña Juana V. Merino Donaire, a quienes acompañamos en su pesar.

Ha fallecido en Morón, a la edad de 85 años, doña María Josefa Paniagua Sánchez, persona de gran piedad y virtudes sólidas, madre queridísima de nuestro excelente amigo don José Bernal Paniagua. Era la finada señora de muchas y excelentes prendas personales, laboriosa, caritativa y temerosa de Dios, cuyas virtudes se han puesto de manifiesto en su larga y penosa enfermedad

sobrellevada con admirable paciencia. Modelo acabadísimo de la mujer española a la antigua usanza, no se puede dudar de que después de haberla el señor purificado aquí, como seguramente la ha purificado, se habrá dignado recibirla ya en su gloria.

Enviamos a su familia, y especialmente a su hijo y buen amigo nuestro Pepe Bernal, el pésame más sentido.

Madrid

Ha sido elegido secretario de la Sección de Derecho Penal de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación nuestro buen amigo y redactor don José González Palomino.

Cáceres

Ha sido nombrado Subdirector de la Caja Extremeña de Previsión Social, organismo que, según funciona ya, está llamado a alcanzar una importancia social grandísima, nuestro queridísimo amigo y prestigioso colaborador el comandante-jefe de la Caja de Recluta de Cáceres, don Federico Reaño García.

Unimos nuestra cordial enhorabuena a las muchas que ha recibido el excelente amigo y compañero de Redacción.

Bibliografía

Agradecemos al señor don Miguel Lasso de la Vega y López de Tejada, Marqués del Saltillo, el ejemplar impreso del discurso que leyó en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el día de su recepción.

Las piedras del pasado (Casas y blasones sevillanos) es el tema de que se ocupa nuestro antiguo colaborador, tan competente en los estudios heráldicos y genealógicos, y su trabajo será consultado no sólo por la nobleza sevillana sino por los especializados en estas disciplinas.

—*En la Senda del Mal*, por Manuel Reguera Torres, prólogo de José Rodríguez Capitán, notas sobre el autor de José M. Puelles (hijo). Sevilla, Imp. de Chaves, 1922, 8.º, 15 págs.

—*Nueva Academia Heráldica*. Madrid, marzo-abril.—Lijnajes de Morón: Los Párraga. por José Plata y Nieto.

—La Cruz Roja. Madrid, marzo.—Psicología del ciego, por Egenio de Castro.

—*Boletín de la Real Academia de la Historia*. Madrid, mayo.—
Genealogía y nobleza, por Alfredo Basanta de la Riva.

—Junio.—Nobiliario de Soria: La casa de los Mirandas, por Pe-
layo Artigas.

—Julio.—Gormaz: Estudio histórico-arqueológico, por Narciso
Sentenach.

Correspondencia

Sr. D. Anselmo C. Carreño, de Madrid; hasta fin de Septiem-
bre de 1922.

Sr. D. Manuel Mora Mantero, de Alájar; hasta fin de Septiem-
bre de 1922.

Sr. D. Luis Cruz Sánchez, de Sevilla; hasta fin de Diciembre
de 1922.

Sr. D. José García de Samaniego, de Algegorrieta; hasta fin de
Diciembre de 1922.

Sr. D. José Carrasco Romero, de Morón; hasta fin de Mayo
de 1922.

Sr. D. Antonio Vega Coronado, de Madrid; hasta fin de Diciem-
bre de 1922.

Ateneo Jerezano, Jerez de la Frontera; hasta fin de Diciembre
de 1922.

Sr. D. Luis Galán Mateos, de Almoharín; hasta fin de Diciem-
bre de 1922.

Sr. D. Ramón de Contreras, de Quintanar de la Orden; hasta
fin de Diciembre de 1922.

Srta. María García Sánchez, de Sevilla; hasta fin de Septiem-
bre de 1922.

Sr. D. Héctor Cramazou Orellana, de Morón; hasta fin de Ma-
yo de 1923.

Sr. D. Juan López de la Hera, de Madrid; hasta fin de julio de
1922.

Sr. D. José Carrasco Romero, de Morón; hasta fin de Junio de
1922.

Excmo. Sr. Vizconde de Roda, de Madrid; hasta fin de Diciem-
bre de 1922.

Sr. D. Antonio Leguillo Ledesma, de Las Cabezas de San Juan;
hasta fin de Febrero de 1922.

Sr. D. Agustín Simonet Cramazou, de Morón; hasta fin de ma-
yo de 1923.